

La estación Lavalle

Por un camino de concreto recubierto de baldosas del color del sol, a solas con su sombra entre un mar de gente hacia arriba y hacia abajo, estaba América. Por los escalones luminosos subía buscando inspiración... y un mapa de las estaciones del subte.

Una recientemente recibida profesora de veintipocos años, de abuelos españoles, busca en una estación de subte su camino a la única escuela que pudo elegir con su bajo puntaje y su escasa disponibilidad horaria. Finalmente, encuentra entre agudas voces y pasos veloces un mapa y un policía dispuesto a ayudar. Así, América aborda la línea C, busca un asiento y abre un libro sobre su regazo. No, no es un libro, son apuntes encuadernados. La profesora aprovecha el tiempo de viaje hasta la estación Lavalle para revisar la planificación de su clase de hoy. Su primera clase de verdad.

“Clase 1 (14 de Marzo): Comenzar con una introducción a la materia y una presentación apropiada con los estudiantes. ¡no olvidar!”

Y sí, tengo que resaltarlo una y otra vez. Todavía me acuerdo de mi primera práctica como docente, cuando llegué al aula, puse ambas manos sobre el escritorio, inclinándome hacia el frente (una vez leí que esta era una pose que denotaba autoridad) y empecé a hablar del Mayo Francés. Sin interrupciones, seguí así por media hora. Cuando terminé, triunfal, me enderecé y dije a la clase: “¿alguna pregunta?” Ninguna mano se alzó en el aula. Enfoqué la vista al frente y vi a treinta y dos estudiantes mantener un silencio digno del canto de los grillos. El tubo de luz sobre mi cabeza no paraba de zumbar. Busqué con la mirada a la profesora titular, sentada al fondo, añorando un salvavidas de su parte. La profesora se aclaró la garganta y dijo con voz solemne: “¿Por qué no empieza por decirle su nombre a los alumnos?” Desde luego que no había ni una pizca de burla en su voz, pero yo podía sentir el calor de la vergüenza en mi rostro. El día de hoy sé que no fue para tanto, recuerdo que me reí nerviosa y me presenté: “Mi nombre es América Álvarez”. Les dije a los alumnos que todavía no me había recibido, que yo era una estudiante igual que ellos. Después me giré hacia el pizarrón, escribí la fecha y el título, y dibujé un mapa conceptual que había estado repasando múltiples veces la noche anterior. Cuando me quise acordar la clase ya había terminado y veía a los alumnos salir disparados por la puerta. La profesora se despidió, aferrándose a su maletín. La vi marchar por las escaleras con los hombros erguidos y la vista siempre al frente, y no pude evitar que me recordara a mi madre. Yo me quedé,

guardé uno a uno mis apuntes en orden meticuloso. Borré el pizarrón y acomodé la silla bien pegada al escritorio. Todavía estaba en el aula cuando llegó la portera para limpiar el salón. Me preguntó si me sentía bien, si necesitaba algo. Yo me colgué el morral al hombro y le dije que ya me iba.

El sueño de la profesora venía con ella desde hacía sólo pocos años. Si bien sería más poético poder decir que desde niña había soñado con enseñar, la verdad es otra, pero no por eso menos hermosa. La gran y nunca bien ponderada profesora Laura había sido su inspiración. Bastó con una pequeña conversación con ella para que América supiera exactamente la clase de persona que quería ser cuando creciera.

Honestamente espero que algún día, cuando ya tenga años de antigüedad en una escuela y todos me conozcan, la anécdota de mi primer día frente a un salón de clases sea algo que yo le pueda contar a un alumno que me diga que quiere ser profesor, igual que yo. Y no sólo porque me llenaría de orgullo haber podido transmitir mi amor por la docencia a través de mis clases, sino porque también sé que esta historia le quitaría un poco de presión de los hombros a otro futuro profesor, sé que es algo que me hubiera gustado que me dijeran cuando yo decidí que quería enseñar: "Va ser difícil, te va a dar un poco de miedo al principio. Pero si es tu verdadera vocación, vas a salir adelante." Ahora sé que al principio no es sencillo para nadie. Pero cuando vez a tu profe, autoritario y sabio, te cuesta imaginar que la primera vez que tuvo que pararse al frente y hablar, sintió aunque sea una pizca de nervios. Yo quiero ser la clase de profesora que siempre te aliente a seguir tus sueños. Quiero ser la profesora que siempre quise tener cuando la estudiante era yo. Esa fue la primera revelación que tuve con respecto a mi primer día de trabajo, y la siguiente estaba próxima mientras descendía del subte, habiendo llegado a la famosa y prácticamente inalcanzable estación Lavalle.

Ahí estaba, devolviéndome la mirada.

Un mural de cerámica.

Pero no era sólo un mural, era la imagen que yo había visto en mi mente cada vez que mi abuelo me relataba historias de su juventud. Y pese a que ya son años desde que él ya no está conmigo, todo volvió a mí como si lo escuchara de su boca justo ahora, a mi lado. Los inviernos húmedos, la incesante neblina, las primaveras lluviosas y los veranos en julio, secos y sofocantes, cuando las numerosas fuentes ornamentales eran la principal atracción.

Allí estaba frente a mí: Lérída, la tierra de mis abuelos.

Y yo casi podía sentir la frescura de las fuentes, salpicando mis mejillas.

El puente y las farolas sobresalían de la pared y opacaban cualquier otro intento de decoración. Al menos para mí. Y con la mera vista de esas

representaciones, volvieron a mí todas las sobremesas con mis abuelos, los paseos bien temprano después de desayunar, y las luces que nos guiaban de vuelta a casa, cuando nos cansábamos de caminar. Mis abuelos vinieron en barco, del mismo lugar y hacia el mismo lugar. Mas no se conocieron sino hasta días después de haber llegado a Buenos Aires, en el Hotel de los Inmigrantes. Mi abuela había arribado el día anterior, pero a mi abuelo ya se le acababan los cinco días gratuitos de alojamiento. Me contaron que los dos habían venido solos, y que por las noches sus sueños estaban poblados de paisajes de España. También me dijeron que se sentían ajenos y aislados de todo, hasta que se vieron por primera vez, que eso les bastó para sentirse como en casa. Yo nunca me cansaba de oír esa historia.

Cuando oigo el otro subte arribar a la estación, me doy cuenta que me había quedado ensimismada frente al mural. Camino fuera de la nostalgia y de la estación, y salgo a la calle. No puedo llegar tarde el primer día.

América siempre había sentido, sin razón alguna, una responsabilidad moral para con sus semejantes. Ella cargaba el peso del mundo sobre sus hombros, como quien dice. Pero con los años, la vida, su familia, la escuela, le habían enseñado a dejar ir. A aceptar los errores propios como escalones subidos hacía su anhelado pedestal, a pensar en sí misma de vez en cuando, a guiar y aconsejar pero no juzgar. El tiempo pasó y llegó a comprender que la vida no es sencilla y raramente generosa, pero América tenía valores muy arraigados dentro suyo y pese a todo lo que le pudiera suceder, nunca dejó su sueño.

Acá estoy, esta es el aula. Apoyo mi mano sudorosa sobre el picaporte glacial, y me permito tres segundos para inhalar. Uno, dos...

Tres. *Vamos, que no es para tanto.* Y entro, camino hasta el escritorio, todas las miradas se dirigen a mí. Algún murmullo en el fondo y el rechinar de una silla vieja. Dejo pasar unos segundos y la atención se disipa como si esta fuera humo y yo hubiera abierto una ventana. Casi la mitad del curso agarró de vuelta el celular que había dejado sobre o bajo el banco. Una chica de uñas feroces sacó de la nada misma un espejito cubierto de lentejuelas descoloridas y una pincita para depilar. Cuando veo más detenidamente, noto que tiene auriculares puestos. Es más, son contados con una mano los alumnos que no los tienen puestos. Y de repente, soy invisible para ellos. Es como si simplemente no registraran mi presencia. Tengo que hacer algo para conseguir su atención. Me aclaro la garganta y empiezo a hablar, rogando en mi interior porque al menos uno me este escuchando. "Buenas tardes clase, mi nombre es América Álvarez, y voy a ser una de sus profesores este año. Nos vamos a ver todos los martes y viernes. Tres horas a la semana." Sólo algunos me dirigieron la mirada. Definitivamente no me imaginé que esto iba a ser así.

Desde chica América había sido una idealista con todas las letras. Una soñadora a lo grande, cuyo sueño fue madurando con el tiempo pero que siempre siguió una misma línea: dejar el mundo un poco mejor de como lo encontró. Devolver algo a cambio del maravilloso regalo que era su vida. El problema era cómo. A veces le parecía que las únicas personas con los medios necesarios para hacer un cambio verdadero, eran las menos interesadas en hacerlo. A cierta edad entendió que para cambiar al mundo tenía que empezar por las bases de la sociedad, los pilares fundamentales para las nuevas generaciones: las escuelas. Entendió que si la escuela se pierde, ya no queda nada. Si perdemos la educación, perdemos todo lo que en verdad importa. En las aulas América encontró su base de ataque para luchar contra el peor enemigo del progreso: la ignorancia. Porque al fin y al cabo, es de ella de donde nacen muchos de los males morales que nos degradan como seres sociales.

Tengo que seguir adelante, no voy a rendirme ante el primer obstáculo. Atisbo una vez más mis apuntes y de pronto no me siento tan segura. Necesito una manera de empezar distinta, una primera clase que logre capturar su atención. Y en lo único que puedo pensar es en mi abuelo.

“—¿Saben? Hoy me pasó algo rarísimo de camino acá —me desplazaba a lo largo del aula, divagando, observando la nada. Aterrada de mirarlos a los ojos y descubrir que ni uno solo me estaba prestando atención—, cuando me bajé del subte era como si hubiera viajado en el tiempo. Mis abuelos eran inmigrantes españoles. Y más allá de lo mucho que se habían encariñado con esta tierra, ellos amaban España, más precisamente Lérida, su ciudad —no escuchaba voces—. ¿Alguien viaja seguido en subte? —no hubo respuesta, pero yo seguí—. Las estaciones de subte tienen unos murales muy hermosos, hoy vi uno de Lérida y me acordé de mi abuelo.”

Y ya no puede contenerme más. Me puse detrás del escritorio y miré de frente a toda la clase. Algunos me miraban, muchos no. Pero me hizo sonreír el ver que ya casi nadie tenía auriculares puestos. Se veían indiferentes de la misma manera que antes, pero ahora yo sabía que me estaban escuchando. Alcé más la voz y les pregunté si alguna vez habían escuchado ese dicho que dice: “Los mejicanos descienden de los aztecas. Los peruanos descienden de los incas. Y los argentinos descienden de los barcos”. Ante los constantes murmullos, el zumbido de los celulares y la indiferencia colectiva, empecé a buscarlos con la mirada y crucé con la chica del espejito de lentejuelas. Cuando me miró, distraída, le pregunté si conocía el dicho. Se quitó sólo el auricular derecho y me respondió con el “no” más triste que podría haber en un salón de clase, porque no tenía una pizca de curiosidad, ¿y qué es del aprendizaje sin la curiosidad? Le pregunté qué le parecía que podía significar ese refrán y me dijo que no sabía. Yo sentí que estaba perdiendo su atención otra vez y rebusqué en mi mente cómo seguir.

“–Bueno –dije de pronto y sin pensarlo demasiado, nada de esto estaba en mis apuntes, nada estaba saliendo como lo planeado, pero al verlos entendí que enseñar es mucho más que dar tareas y copiar resúmenes, un maestro tiene que ser un guía, y para guiarlos primero debo lograr que me escuchen–, existe gente que no está del todo de acuerdo con lo que dice el refrán. Pero a fin de cuentas, somos muchos los que descendemos de inmigrantes. Para bien o para mal, eso depende de la creencia de cada uno, los inmigrantes son la razón por la que somos lo que somos. Son nuestro pasado, concreto y aceptado, son los pilares sobre los que nosotros crecimos. Pero, ¿saben qué? Hubo un momento en que se sintieron solos, demasiado diferentes, cuando creían que la tierra de su pueblo pegada a las suelas de sus zapatos podía brillar y atraer miradas desaprobadoras. Mi abuelo mismo me contó que cuando vino de España, al principio, se sentía muy solo porque la poca familia que tenía se había quedado allá. Decía que el hotel que lo hospedaba estaba lleno de polacos y alemanes esos días. Y porque gente se iba y gente llegaba todo el tiempo, era difícil llegar a conocer a alguien. Pero su carácter era invencible contra cualquier asalto del destino, porque entonces tenía un nuevo comienzo. El primer rayo de sol de cada día le traía oportunidad y dibujaba una sonrisa en su rostro. Y esa sonrisa lo acercó al amor. Y con una sonrisa y amor, fue capaz de convertir esa tierra ajena en su pueblo, esas miradas desconfiadas en amigos y ese techo desvinculado en un hogar. A mi abuelo le gustaba pensar que obtuvo de esta vida todo lo que podía desear.”

El grupo de chicos que murmuraba se había callado y me estaba mirando.

La escuela nos acoge cuando somos pequeñas esponjas, nos enseña a sociabilizar, a lidiar con el mundo, a equivocarnos. Es una de las partes fundamentales de nuestra formación. En un mundo perfecto, donde la crianza de los padres se complementa con los valores que se aprenden en la escuela, donde todos los docentes aman su profesión y la ejercen con gusto cada día, donde no haya nada que perturbe el ambiente enriquecedor de los institutos, donde los alumnos no sientan la escuela como un castigo o una obligación; allí tendríamos un futuro de hombres y mujeres honestos, trabajadores, inteligentes, compasivos y generosos. América tuvo una conversación sobre esto con su profesora Laura cuando era una estudiante. Ella comprendió que estaba soñando demasiado alto, pero no por eso abandonó su sueño. Si bien no podía cambiar los parámetros de la noche a la mañana, iba a aportar su granito de arena, enseñando siempre que pudiera con amor y paciencia. Y si lograba inspirar a tan solo un estudiante de la misma manera que Laura lo había hecho con ella, se sentiría más que satisfecha.

“Siguiendo con el tema de las migraciones –mientras hablaba me giré y vi que en el pizarrón todavía estaban escritos los ejercicios que había dejado el profesor de la hora anterior: fuerza de rozamiento, densidad. No pude evitar fruncir el ceño, la física nunca había sido mi fuerte–, les voy a pedir que hagan

un trabajo escrito. No me pregunten qué tan largo tiene que ser, eso lo deciden ustedes, usen la cantidad de palabras que necesiten para expresar sus ideas, ni más ni menos. Pueden abordar el tema desde el punto que quieran y de la manera que más les guste. Por ejemplo, sabemos que entre 1750 y 1950 casi 70 millones de personas europeas migraron en busca de una vida mejor, entonces pueden escribir sobre esa época. Sean curiosos, indaguen, pregunten, quizás sus abuelos o tatarabuelos vinieron de Europa como los míos. También pueden darle un enfoque más actual, ahora los focos de las migraciones son Asia, América Latina y África. Pueden hablar sobre las migraciones entre países limítrofes, entre los países del Mercosur –nada de esto estaba planeado, pero fluía de mí tan naturalmente que no tuve las agallas para detenerme-. A ver, las causas de las migraciones son muchas y también cambiaron con el tiempo, desde la pobreza y la falta de empleo, hasta ser una consecuencia más del proceso de globalización y el crecimiento de los medios de comunicación. Piensen que si de repente, todos los trabajadores migrantes fueran a la huelga al mismo tiempo, en todo el mundo, las economías de los países ricos quedarían desbaratadas, y los países con mayor cantidad de migrantes, ¿se imaginan? Se verían privados de las remesas y casi les diría que entrarían en pánico. Es bastante impresionante, ¿no lo creen? La influencia y el valor que tienen los migrantes en el mundo moderno. Casi nadie se da cuenta de esto, por eso yo quiero abrirles los ojos, chicos. En todo sentido, quiero que sean seres pensantes y conscientes del mundo que los rodea. Por ahora vamos empezar con las migraciones.”

“–En cuanto al formato, mientras escriban algo interesante y por sobre todo, coherente, puede ser como quieran. Un resumen histórico, la historia de uno de sus parientes, una línea del tiempo. Un cuento, un poema, una canción. Creo que ya están demasiado acostumbrados a que les digan qué hacer, y si bien es importante aprender a comprender y acatar órdenes, también tienen que aprender a tomar decisiones y no elegir lo que sea más fácil, sino lo que sea mejor.”

El timbre del recreo sonó y yo logré terminar la clase con gracia y carisma. Salí del aula triunfante. Pero la verdad recién vendría la próxima semana, ahí es cuando sabré con seguridad quién me estaba escuchando y lo que logré con mi clase. Pero de todas formas, si no logré mucho hoy, todavía tengo todo el año para hallar la mejor forma de comunicarme con estos chicos.

América, relajada, dejó la escuela y viajó a casa con la misma renuencia con la que Sol descendía de vuelta al otro lado del mundo. De nuevo se encontró con la estación Lavalle y antes de seguir adelante murmuró un silencioso gracias. A su abuelo, al mural, al recuerdo, al destino que la llevó a esa estación, a todos aquellos que lograron inspirarla para superar con resiliencia los momentos difíciles y llegar a ese día y a ese lugar. Porque ahora América estaba justo donde siempre había querido estar. Y, con fuerzas

renovadas, se sentía capaz de afrontar cualquier sorpresa del destino, tal como su abuelo le había enseñado.

La migración como un derecho humano

Dejando de lado los beneficios económicos de las migraciones, que son tanto para los países emisores como para los receptores, es necesario tener en cuenta que estas también suponen un reto muy importante para el mundo democrático: el de lograr que los migrantes sean integrados a la sociedad como uno más, con plenos derechos y sin discriminación. “Queríamos mano de obra y llegaron personas”, escribió el arquitecto y autor suizo, Max Frisch. Las reacciones de las sociedades con los inmigrantes son a veces muy distintas. Pero lo cierto es que para que un país sea un ambiente seguro y sano para ellos, resulta esencial una política basada en los derechos humanos, la igualdad y el reconocimiento cultural. La exclusión social del inmigrante puede llegar al punto de formar parte de una crisis nacional, especialmente en lugares donde el número de inmigrantes dentro de la población económicamente activa es muy alto. ¿Acaso hemos olvidado ya que en un pasado reciente fuimos un pueblo de inmigrantes? Será que es más fácil identificar como enemigo a aquel que es diferente. Pero la verdad es que un enemigo puede venir de cualquier lugar. Y en cambio, la rica diversidad de cultura, de religión, el intercambio de conocimiento, de costumbres, todo eso es difícil de hallar en otra parte. La migración nos acerca a todos como una misma raza, reduce nuestras diferencias y resalta aquello que nos une. Y si todos dejáramos de mirar por una vez lo que nos diferencia y nos concentráramos en todo lo que tenemos en común, bueno, ¿quién sabe?

Una nueva casa

*Me paré en el muelle
esperando que algo sucediera,
¿dónde voy ahora?
No vine buscando grandes riquezas,
sólo un mejor lugar para morir.
Y ahora soy honesto al pensar
que obtuve mucho más.
El polvo extranjero se ha ido,
dejando huella tras mis pasos
pero no lo necesito ya,
llevo mi vieja patria en el corazón.
Sólo que ahora
tengo lugar para una más.*

*El sol parece más brillante,
el pasto más verde,
incluso yo me veo al espejo
y por una vez,
me siento en casa.*

Un razonamiento lógico y un poema dulce. Estos eran los únicos trabajos que aparecieron sobre mi escritorio el martes por la tarde. Yo podía ver mis palabras reflejadas en esos párrafos y sabía que me habían estado escuchando. Tal vez no logré llegar a todos ellos en una clase, pero estos dos chicos habían llegado a mí. Y yo estaba orgullosa de ellos y de mí misma. Porque había sido un trabajo en equipo. Ahora me esfuerzo cada día por agrandar ese equipo y cada vez somos más.

Este intercambio que América tuvo con sus alumnos le dio mucho que pensar, no sólo sobre la educación sino también sobre sus abuelos y los inmigrantes en general. De ayer y de hoy. No cabe duda de la estrecha relación que existe entre la migración y el desarrollo. Sin embargo, América entendió que se debe tener en mente que los migrantes son nuestros iguales y no se los puede presentar únicamente como agentes de desarrollo económico. No se los debería considerar como víctimas indefensas que es necesario proteger, pero tampoco como delincuentes natos de los que es necesario protegerse. Y entonces ¿qué hacer? Como ha ocurrido y ocurre actualmente con otros marginados, hay que alentar a los migrantes para que luchen por lo que les corresponde. Y hay que promover en la sociedad una mentalidad abierta a las diferencias, a la aceptación y la celebración de la diversidad. Que sean capaces de probarle al mundo su verdadero valor. Y por sobre todo no olvidar nunca que los migrantes son, ante todo, seres humanos con derechos humanos.

Mientras tanto, la estación Lavalle se volvió parte de mi camino a casa casi todos los días y aún cuando existe una forma más directa de llegar a mi destino, siempre hago lo posible por ver ese mural, el lugar donde todo comenzó, una vez más.